



Círculo Rojo

COSAS DE VIAJES Y DE LA VIDA

COSAS DE VIAJES
Y DE LA VIDA

Primera edición: octubre 2017

Depósito legal: AL 1287-2017

ISBN: 978-84-9175-102-1

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Antonio Olmo López

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Diseño de cubierta: Frauke Drier

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

INTRODUCCIÓN A UNA BREVE RELACIÓN DE COSAS
ACAECIDAS, OBSERVADAS O PENSADAS EN EL DECURSO DE
DESPLAZAMIENTOS Y ESTANCIAS, PRINCIPALMENTE POR EL
EXTRANJERO

Aunque el detalle tenga poco de particular, ya quisiera recordar cómo pudo llegar a mis manos, siendo niño, el ejemplar de *La Ilíada* que leía a ratos en unas eras cerca del pueblo. También me dejaron *La Odisea*, pero aquí no fui lejos en su lectura. Seguramente venía todo de la escuela. Mi padre, hombre culto y del campo, podía recitar de memoria buena parte del *Quijote* y bastantes poemas de Lope, García Lorca, Miguel Hernández, Gabriel y Galán o Espronceda; aunque en realidad solo mantuviéramos en casa un puñado de libros, entre los que se contaba una biografía de Alejandro Magno, que alguien tomó prestada y después se olvidó de devolver; y otra de Julio César, que yo repasaba casi cada periodo de vacaciones. Los veranos solía leer igualmente novelas del oeste por Marcial Lafuente, todo tipo de tebeos, y cualquier hoja de periódico o revista que se pusiera por delante. Sin embargo, ni antes ni ahora me tendría por lector enterado, amplio o riguroso; teniendo además en cuenta mi posterior desapego hacia literatura de ficción. De cualquier manera, mi

predilección parecía decantarse desde chico hacia lo que tuviera que ver con aventuras, viajes, crónicas o biografías. Bueno, han existido después etapas con distintas lecturas hegemónicas: una relacionada con años de adhesión sectaria, en cuyo contexto andaba con el mismo Marx o con Althusser y su estructuralismo, sin llegar en realidad a medio comprenderlos; y otras con filologías, a las que por periodos tuve que dar preferencia obligada.

Curado ulteriormente, o casi, por ventura, de algunos prejuicios, me fui normalizando en temas y autores dentro de una más extensa pluralidad. Y aquí se fueron incorporando, y por traer muestras, desde Bernal Díaz o Cabeza de Vaca, hasta Alexander Solzhenitsin, André Malraux, Jorge Semprún, Gerald Brenan o Laurie Lee. De igual forma, memorias de personajes de otra naturaleza y contexto como Alcalá Zamora y Manuel Azaña o, por dar un salto, el relato del superviviente Chum Mey en la Camboya de Pol Pot.

Las caminatas de Gerald Brenan por Las Alpujarras; y un librito de Laurie Lee, de título algo largo, sin embargo, con el relato de su marcha a pie desde Vigo hasta Almuñécar en 1935-36, me hicieron concebir la idea de, en otra proporción, imitarles en una especie de mini larga marcha, y un agosto me planté por Sierra Morena con intención de dar con la mar por Nerja. Nada desde luego del otro mundo. Y con todo, careciendo de verdadera preparación, casi sucumbo por los calores de Bailén, como los franceses; y en qué me vi para cubrir la distancia hasta Jaén tras medio dormir de noche en el campo, y pasar apuros durante el día, pues en el afán por avanzar no respetaba horas de calor y andaba como a destajo, cuando se me antojaba. Más precavido, cubrí etapas hasta alcanzar La Resinera y Sierra Almijara, descender por Frigiliana, y acabar en Nerja. Hubo posteriormente parecidas caminatas por Las Alpujarras y Las Subbéticas. Todo por culpa, principalmente, del relato de Laurie Lee,

que alguna vez releo, pues constituye además un buen reportaje sobre aquella España, incluyendo los primeros meses de guerra.

Puede que lo anterior sirva para situar al menos el hecho de que ahora, 2017, y a instancias, principalmente, de dos almas que entiendo cercanas, una de ellas apuntando a mis *Barayilas*, me haya puesto a recordar y reunir episodios y anécdotas, no diría aventuras que parece palabra mayor, de experiencias por el extranjero. Ha sido, con todo, y a estas alturas, un laborioso ejercicio de memoria hasta componer este sucinto relato, donde tal vez algún amigo o conocido se detenga a leer lo que no hubiera tenido paciencia de escuchar. La narración contaría con bastantes hojas más si hubiera sumado otras historias y sucesidos, abundado en valoraciones diversas, y prescindido de una, supongo que comprensible y elemental discreción. O quedar en la mitad, si hubiera despojado el texto de los fragmentos que asoman como meras enumeraciones de folleto turístico.

El caso es que, una vez puesto y así dispuesto, he pensado presentarlo en tres partes principales.

La Primera, que incluye también el Servicio Militar y Madrid como primeros desplazamientos notables en mi caso, comprende los periodos en Inglaterra, Francia, Japón, Alemania e Iraq, cuando el primordial objetivo consistía en aprender del idioma correspondiente hasta donde fuera posible. Había estudiado previamente asomos de francés, y por mi cuenta un mínimo de inglés intuyendo tal vez que antes o después recalaría en el extranjero. Emigrante o autoexiliado, no cabía otra forma que ser económicamente independiente. Cuando dejé Londres, y antes de llegar a París, había ahorrado para visitar países de Europa del Este. Más adelante, desde Japón, me detuve en Corea del Sur y Filipinas; y luego, al abandonar la Unión Soviética, en Rumanía y Bulgaria.

La Segunda trata de viajes con propósitos y contenidos variados. Con trabajo regular, los desplazamientos se producían, en principio, en

verano, Navidad o Semana Santa. Bastantes lo fueron a países de cultura árabe o islámica; y otros, especialmente, hacia América y Asia. La Tercera muestra una serie de muy resumidos itinerarios, misceláneos, recientes; improvisados en circunstancias nuevas entre 2013 y 2016, y principalmente por países asiáticos.

He preferido omitir referencias a escenarios primeros con familia, amigos, escuela o paisajes, pues tendría que traer a la memoria vidas cuya ausencia es dolorosa, en especial la de mis padres. Tampoco hay mención expresa a la llamada *vida personal*: casamientos, parejas, relaciones e hijos; y sólo las precisas y pertinentes a personas, bastantes muy queridas, aquí con nombres alterados, pues no consideraría apropiado señalar sin su aprobación y aunque sea para bien.

Lo escrito ha ido acudiendo esencialmente del recuerdo, con ayuda de papeles y documentos sueltos, o los pasaportes que he podido conservar. Unas observaciones algo pormenorizadas, que me empujé en escribir en Siria, Jordania y Palestina con Israel, se han encajado, sin embargo, casi tal cual en el texto. El orden de lo que se cuenta es cronológico, menos en la parte segunda, que es aproximado al no contar ya con referencia de fechas concretas en bastantes casos. Hay sitios de particular curiosidad para mí, como Panmunjon en Corea, el espacio de la Embajada Norteamericana y el bar del Hotel Caravelle en Saigón, Tuol Sleng en Phnom Penh, Lubianka en Moscú, Watergate en Washington, el Acorazado Aurora en San Petersburgo, o la casa familiar de Stalin en Gori, Georgia. Sin predilección especial por países determinados, si me dieran a elegir, no encontraría motivos para repetir voluntariamente en Grecia, Rumanía o Argelia.

Creo haber apreciado lo que cada lugar ofrecía, y en particular el idioma, entendiera poco o nada. Descubría sonidos, sones o canciones con diferentes lenguas, que sentía atrayentes y próximos. Más, en todo caso, que los anglosajones; que desde hace tiempo procuro evitar en lo posible. Como rehúyo el flamenco desde que

considero a sus actores, cantaores o bailaores, convertidos en deslucidas caricaturas que toman *whiskecitos* y *gintoncitos* en sus actuaciones, nada de Montilla o Manzanilla; sueltan palabrejas en inglés, van de *masterclass* en la cartelería, y presumen de haber pasado como mínimo por Nueva York, fusionando con los jazz o blues, que ellos suponen, como tantos, marchamo de categoría. Antes de que llegaran hasta aquí las cosas, asistí, mediados los setenta, en un colegio mayor de Madrid, a un espectáculo donde intervenían cantantes que se decían *avanzados*, o tal y cual; y el cantaor José Meneses. Cuando le tocó, ya al final, su turno, muchos asistentes fueron dejando el auditorio y José comentó entonces, a modo de orgulloso consuelo, que habíamos quedado los justos de verdad. En fin, lo puntero era presumir de haber visto alguna vez a los Lluís Llach, Raimon, Bonet, Aute o Paco Ibáñez. A estos y sus parecidos los escuché por sitios, más en París; y a Raimon tuve el valor de ir a verlo, en una sala con muy poco público, Tokio-1977, cuando un servidor andaba bregando por aquella ciudad. Ni en la etapa más inope pude considerarme próximo a los personajes con sus músicas y representaciones, y en ningún caso repetía. Mejor, supongo, para todos.

El comportamiento de lenguas y hablantes me suele interesar, y he observado en ese campo, que son bastantes los ibéricos que, a la mínima, por aquí o por el mundo, echan reiteradamente mano del inglés. Y ello, aunque el escuchante se exprese en cualquier otra lengua, quizás la castellana. De hecho, muchos jóvenes, o no, más o menos licenciados o *masterizados* universitarios, lo exhiben del nivel y la medida que sea, y venga o no a cuento. Así es cómo en aviones, hoteles o mercados, el personal que conoce español y pretende acaso practicarlo, encuentra unos interlocutores que le responden puerilmente en inglés. Poco antes de despegar de Dubái en un vuelo de Emirates destino Madrid, una joven predicaba sus apuros a quien quisiera escucharla, pues el suyo desde Bangkok había llegado con

retraso. Había cerca un individuo que decía venir de Corea y contaba casi lo mismo, igualmente en inglés; y los dos quedaron discursando entre ellos, separados por unos asientos, mientras los demás padecían la perorata. Estuvo claro para mí desde el principio que eran españoles, y probablemente también para ellos. Cuando, ya en el aire, la azafata que repartía zumos miró y le dije *naranja*, la *española inglesa* anterior soltó de forma estentórea y correctiva el manido *orange*; y a continuación otro, ahora impaciente, *orange*. En fin, ya envuelto en la tontería, y percibiendo que la azafata era a todas luces árabe, dije la palabra en su idioma. Aguanté entonces la inamistosa mirada de la española; que acaso pertenecía a la familia de aquel tertuliano de prosapia, que abogaba en televisión por traducir para el turismo los nombres de las calles. Se trata de la sensibilidad de aquellos a quienes no les llama la atención escuchar constantemente en televisión música de fondo en inglés para toda clase de programas, incluidos los de cocina regional, fauna ibérica, Altamira, los refugiados, la Semana Santa, el arte barroco o la energía eólica. Debe de tratarse de filosofías de nuevas generaciones del boy-scout o del neokonsomol más ilustrado, adalides del bilingüismo, y hoy colocados en los múltiples departamentos culturales y servicios audiovisuales. Sus parientes mayores ya decidieron por su parte que se rotularan profusamente en inglés las indicaciones en aeropuertos, estaciones, carreteras, museos y donde quepan; además de que se voceara en trenes y paradas el intempestivo *next train*, *next stop*, o lo que se les ocurra, que tan prescindible y disruptivo debería sonar a locales y visitantes.

Es así comprensible, que muchos guiris de habla inglesa, probablemente maleducados y elementales en origen, acentúen esa condición en España y se dirijan al nativo asumiendo que les debe responder en su lengua. Y lo consiguen, pues el ibérico suele entonces recurrir a cualquier palabra que le suene, al tiempo que emite una serie de esforzados *sorrisorris* de descargo. Y resulta que, si los extranjeros en cuestión son, como a menudo sucede, de habla francesa

o alemana, casi siempre más respetuosos, y recurren al español deseando tal vez practicarlo; los nativos les suelen exhibir su inglés de la índole que sea. El propio Instituto Cervantes hace reiteradamente por el mundo su propaganda en ese idioma, traduciendo palabras como *instituto*, *clases*, *español*, o frases elementalísimas que entendería hasta el más desinformado de los aspirantes. Se trata de una anómala y empobrecedora subordinación concretada también en los cómicos carteles: *Centro Bilingüe*, que exhiben en su entrada escuelas e institutos.

Los hispanos o lo que prefieran llamarse, solemnizan el inglés como si de lengua de dioses se tratara, y las demás apenas fueran de consideración. Lo cual no les impide establecer incoherentes categorías valorativas entre hablantes de las diferentes lenguas, dialectos o jergas peninsulares. Se trataría de una mentalidad insólita; y también por ello, quizás no exista país donde se celebren más festivales per cápita de jazz, blues, country, funk, o lo que sea de la cuerda; incluyendo las propias geografías de donde proceden esas músicas. He aquí simplemente un par entre la cantidad de lugares vueltos del revés: blues en Cazorla, y jazz en Almuñécar, núcleos, como se sabe, de *enorme tradición* en dichos *palos* musicales. La gran tierra sierra de Segura-Cazorla, que también fue reino; y la de Tejeda-Almijara y su mar con Sexi-Almuñécar, fenicia, romana, nazarí; se ven así obligadas a sufrir esos impertinentes y advenedizos sonos transgénicos cada verano.

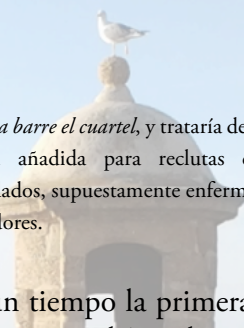
Nunca mejora de estado quien muda solamente de lugar y no de vida y costumbres, termina comentando el Buscón don Pablos. Muy verdad, probablemente, en la mayoría de los casos, y tal vez en el mío cuando observo que hábitos o impulsos que otros aires hubieran debido suavizar y modelar, continúan básicamente ahí, y a mi pesar. Así que, los cambios de lugar no parecen haber contribuido lo suficiente a una *mejora de estado*. Pero la curiosidad era grande y

apenas sabría reconocirme si no lo hubiera intentado. Tenía que hacerlo por vocación y obligación. Dicho de manera mucho menos solemne: cuestión de gustos, que no son seguramente los de la mayoría; por lo que pronto aprendí a callar mis cuentos de emigrante y peregrino, o reservarlos para quienes acaso compartieran afición. No consideraría de todas maneras, y ahora más de verdad, que mis idas y venidas por ahí tuvieran de particular o meritorio, pero si algo hubiera, posiblemente consistiría en haber procurado imponerme a los límites de mi propio carácter. Quedaría por relatar y compartir así la aventura interior, con sus desconciertos y emociones, sobre todo cuando los primeros tiempos; pero se trata de un mundo que hay que saber comunicar como corresponde; y no parece ser el caso.

Mi inclinación ha ido pues hacia caminantes, aventureros y esforzados, con sus testimonios dignamente escritos. Había un destacado concursante de Jerez en un programa de televisión, que respondía a una prueba acerca de nexos entre Francisco de Aldana, Calderón y Cervantes. Se trataba de la literatura y la milicia: brillantes escritores, poetas; y al mismo tiempo bravos integrantes de los Tercios. La obra escrita de cada uno de los tres personajes no hubiera sido ni parecidamente la misma sin sus arduas y ricas experiencias y lances en la vida. Las criaturas que admiro.

PARTE PRIMERA



A seagull is perched on top of a small, ornate stone structure, possibly a lighthouse or a marker, which sits on a rocky outcrop. The background shows a calm sea under a clear blue sky.

Aprendería la frase: *el que pregunta barre el cuartel*, y trataría de aplicarla. ~Constituía una preocupación añadida para reclutas débiles o confiados. ~Una cuadrilla de soldados, supuestamente enfermos, que se presentaban, ruidosos y provocadores.

El Servicio Militar podía suponer en un tiempo la primera salida significativa de casa para bastantes jóvenes, y por ahí me ha parecido comenzar. Mi segunda fue a Madrid, lugar en el que empiezo a advertir y experimentar que, de Despeñaperros para arriba se trata ya del extranjero. Vino a continuación una estancia en Inglaterra, y se fueron luego improvisando las de Francia, Japón, Alemania o Iraq.

No creo ser capaz de imaginar la forma en que comenzó a manifestarse aquella relativamente acelerada evolución hacia el antifranchismo, antes de cumplir los veinte. Supongo que tuvo que ver con alguna lectura, y el ascendiente de un amigo con quien charlaba en ocasiones durante meses previos al SERVICIO MILITAR. Sería también una actitud propia de la espontaneidad que acompaña a esa porción de jóvenes proclive a engancharse, en cualquier época y geografía, a banderines de libertad, justicia social, y distintivos así. Sospecho, además, que era terreno abonado, pues ya venía planteando a maestros y compañeros asuntos de igualdad y distribución de propiedades. Recuerdo asimismo el comentario aproximado de alguien, en el sentido de que las partes no tardarían en desigualarse dependiendo del talento y esfuerzo de cada cual. En fin.